

Carta de Colombia. Roda. De Valencia (España) a Bogotá (Colombia)

Juan Gustavo Cobo Borda

Nieto de un médico del rey de España y de una dama de honor de la reina, Juan Antonio Roda, nacido en 1921, fue educado como republicano. Su lengua era el español pero a partir de los nueve años vive en Barcelona y aprende catalán. Lector voraz, con esta segunda lengua escribe una novela titulada *Ni la paz ni el reposo*. Primer dilema: literatura o pintura, debido a su innegable don para el dibujo. Tras la muerte de su padre, y su precoz orfandad, deberá trabajar en algún ganapán burocrático, aliviado, de vez en cuando, por un retrato de encargo. Una constante que mantuvo a todo lo largo de su trayectoria, con acierto y penetración psicológica.

La guerra civil española lo marcará para siempre. El hambre, las bombas, ese degüello entre hermanos, que ya Goya había previsto con dos toros sin piernas que siguen dándose garrotazos, quedará, atroz e indeleble, en su memoria. De ahí vendrá ese color sufrido con que afronta una de sus mejores series: la dedicada a Felipe IV. Un hombre que envejece. Un dolor que clama contenido. Lo que padecemos en carne propia bien puede teñir todo el pasado histórico.

«No se puede ser de verdad inteligente –históricamente inteligente– en un país estúpido, ni tener una vida públicamente decente en una situación de envilecimiento» escribía Julián Marías ante la muerte de su maestro, José Ortega y Gasset, en 1955. Todo lo que esto implica, como circunstancia vital, determinó que cinco años antes, con una beca del gobierno francés, Roda se fuese a París. Huía del mefítico clima franquista, con su clero y su censura, ese trasnochado hispanismo, que intentaba incluso edulcorar a *La Celestina*.

Ya en París, la pregunta: ¿Cómo se puede ser hoy un pintor español, al tener allí delante a Velázquez y el Greco, a Zurbarán y Ribera, a Goya, Picasso, Miró, Gris y Dalí?

Y máxime en aquellos años insulsos de la guerra fría cuando Picasso, desde París, era el faro que conciliaba pintura y política, en su ortodoxa fidelidad al partido comunista. El haber dado rostro al siglo XX con su inmortal *Guernica* no lo eximía de torpes caídas como su comprometida

denuncia de las masacres en Corea. Quedaba en paz con su conciencia, con la burguesía que seguía comprando su pintura, y con los encargos del Comité Central. Pero el viejo zorro que era Picasso se escapaba, a veces, de la militancia y se iba a veranear con las desnudas ninfas del Mediterráneo.

Esa línea, vaporosa, ondulante y fina, que danza desnuda en la playa, es la que Roda retoma, con innegable talento y auténtica gracia. Conservará siempre en su dibujo algo de ese neoclasicismo que no sólo vuelve a tocar la flauta del viejo dios Pan y su cortejo de sátiros sino que adorna los botijos de vino, los cacharros de la cocina y los baldosines de entrada a las masías. La pintura como vida. De allí provenía un óleo tan reposado y maduro como *La siesta* que en 1957 Roda ya pinta en Colombia y certifica su madurez artística.

Mientras su amigo Antonio Tápies, compañero de esta aventura parisina, se aleja del surrealismo y comienza a fusionar influjos orientales con una consagración cada vez más obsesiva a la materia (muros, costales, grafitos) Roda sigue fiel a su línea. Un arte, ya sin dioses griegos a los cuales recurrir, y que en un ambiente de secularización crítica, bajo la égida de Sartre, terminará por ver cómo se diviniza más a la figura del artista que al trabajo. Y donde sólo el éxito comercial garantiza la siempre ansiada gloria que ahora (Andy Warhol *dixit*) apenas dura quince minutos.

Pero en Colombia, todavía, estas contradicciones no se planteaban de modo tan dramático. Apenas si la marihuana teñía algunas de las gozosas veladas del grupo de Barranquilla a quien Roda fijó en un óleo celebratorio y desaparecido, mientras desarrollaba, con ejemplar constancia, y siempre por series, su admirable trayectoria de gran pintor.

Pero antes de internarnos en ella, por un momento, esta premisa: Roda, pensándose siempre como pintor, tendrá detrás de él ese arpegio vibrante que enlaza las diáfanas atmósferas de Velázquez con la dorada penumbra de Rembrandt, secundadas, cómo no, por las gotas de cristal de Mozart. Aquello que no necesita más que una tumba, un jarrón con flores o su propio rostro, para darnos fulgores irrepetibles. Esa lenta agonía con que los rosas viejos de las infantas de Velázquez se apagan a sí mismos y se demoran siglos en la más suntuosa y dilatada extinción con que la pintura alcanza su final trascendencia única.

Quizás por ello su larga trayectoria oscila siempre entre un polo figurativo y uno abstracto, para decirlo en forma tosca. Entre una preocupación por la figura –él mismo, los Cristos, los objetos de culto– y una absorción en el juego infinito del color –los escoriales, las tumbas, la lógica del trópico, el color de la luz, sus dos magistrales series últimas de 1999 y 2001.

¡Qué libertad avasallante al armar un pentagrama de fuerza e irisdicencia!
¡Con qué soberano dominio hace del color mismo las líneas estructurales de una composición que es sólo puro goce de pintar porque sí!

También la naturaleza, con su incommovible estar ahí, le reclamará la atención, en flores y montañas, en tierras de nadie. Curiosamente sus «Ciudades perdidas» de 1991, terminarán siendo también paisaje. Abstracto paisaje de emotividad y vivencia. De memoria y purificación cromática. Y a todo ello, insoslayable, hay que añadir su rutilante tarea como grabador: la obsesión con ese desconocido que era él mismo, con los tensos y sensuales amarraperros y castigos, con las abadesas muertas y la flora de Don José Celestino Mutis. Con la tauromaquia y el seguir siendo tan español como visceralmente colombiano.

Cuando le entregué *Mis pintores*, el libro donde hablaba de su obra, me respondió con uno suyo, y estas palabras: «Para Juan Gustavo, que lo sabe todo sobre mí». No era cierto, por supuesto, pero me alegró confirmar cómo mi admiración por su poder creativo se había hecho pública. Reconocer el arte como lo mejor y más perdurable que el hombre produce parece hoy un anacronismo. Pero el arte de Roda continúa terriblemente vivo.

EL FAMOSO **ANDADOR GLASCOCK**



No es un artículo de lujo. No es un juguete.

Es una necesidad absoluta para todo hogar donde hay un niño.
Ayuda á formar hombres y mujeres fuertes y saludables. :: ::

Cuidado con las imitaciones.

Todo andador legítimo lleva la marca registrada "GLASCOCK"

==== Pedir Catálogo K ====

ÚNICOS
CONCESIONARIOS: **FEENEY & Co.** 537, Cangallo, 545